

régias. En aquellos tiempos la mal llamada justicia de los reyes no se satisfacía con la muerte de los reos; colgaba sus cabezas, para que sirvieran de alimento á los cuervos; derruía sus moradas para sembrarlas de sal á fin de que ni la vegetacion cubriese piadosa sus ruinas; deshonoraba á los descendientes, haciéndoles responsables, á pesar de su inocencia, del crimen, que no habian cometido; así confiscaba los bienes como destruía y borraba los apellidos; así metía su jurisdiccion cruel con las llamas de sus inquisiciones en la conciencia, como usurpaba los atributos del divino Juez, condenando los reos de sus iras á las penas eternas del infierno: horrores, los cuales corrieron en tropel á la mente de Egmont y le obligaron á prorumpir mal de su grado en quejas amarguísimas por la terrible suerte de su mujer y de sus hijos. Y en vano intentó recogerse dentro de sí mismo, concentrar su memoria en los recuerdos de la vida pasada, traer á exámen su conciencia, volar con su alma desprendiéndose del cuerpo, á Dios para pedirle con sinceras plegarias la justicia negada por los hombres; el corazon desgarrado le atraía fuertemente á los mundanales intereses y le presentaba como en luctuoso grupo la esposa querida, los hijos de sus entrañas, la familia entera empobrecida por la confiscacion y asombrada por la deshonra. Movido por tales pensamientos cogió febril su pluma, y en renglones concisos, encomendó á sus dos verdugos, el duque y el rey, las prendas de su corazon, cuyo recuerdo entristecía mas su ánimo que la sombra del verdugo y la frialdad del cuchillo.

Despues de su familia recordó á su pueblo; no satisfecho con haberlo ilustrado por sus hazañas, hábale servido, como bueno, sin detrimento del Rey ni del Pontífice. Deseaba pues, hablarle, y decirle á la hora suprema de su muerte, cuando la verdad eterna se acerca de suyo al espíritu y se pone como en contacto con la conciencia, todo lo que sentia en las entrañas de su corazon desgarrado. Disuadióle de tal idea el confesor, observándole primero su inutilidad por el ruido que habian de promover atambores y clarines, además de su discordancia con la sublimidad religiosa del trance postrero y con la obligacion estrecha en que estaba de apartar del mundo y devolver á Dios su último pensamiento. Cortó entonces Egmont con su propia mano el cuello de su camisa y de su ropaje, á fin de que no le tocaran las manos del verdugo, y se reconcentró en callada meditacion y en religiosas plegarias. La plaza de

Bruselas presentaba en el siguiente día horrible aspecto. Allí, donde los flamencos se habian acostumbrado á presenciar caballerescas fiestas y lujosos torneos, entre los edificios ceñidos por almenas parecidas á coronas aéreas y las estatuas decorativas de las esbeltas torres y las pintorescas fachadas, levantábase un tablado, cubierto de paños fúnebres con un tajo en el centro, y frente al tajo un altar fúnebre, sobre cuyas aras se veía un crucifijo de plata, por seis velas amarillas esclarecido siniestramente, á guisa de horroroso catafalco. Tres mil hombres de tropas castellanas le circuian, y el gran Preboste le guardaba, caballero en su montura clásica, y con su roja vara en las manos. ¡Ah! no se veía al verdugo; por un resto de pudor se hallaba oculto entre los paños de aquel siniestro monumento; pero se veían dos garfios, en los cuales iban á ser colgadas las cabezas de los dos cumplidos caballeros.

Eran las once del día, cuando se presentaron apercebidos á la terrible ceremonia en la celda del infeliz Egmont los capitanes, que debian conducirle y acompañarle al patíbulo, mas dignos ciertamente de compasion que el reo á quien le arrancaban los restos no mas de una vida breve, pero en cambio dejándole, como vínculo y herencia, el resplandor eterno de gloria con que los anales de la humanidad circundan, como de un nimbo sagrado, la frente de los mártires. Quisieron los enviados de Alba ligarle las manos, y se resistió; enseñando cómo él mismo habia cortado los cuellos de sus vestiduras. A los pocos momentos de tal escena Egmont apareció en la plaza llevando á su lado al Obispo y leyendo los salmos de difuntos. Ni una vacilacion siquiera en sus pasos; ni una nube de tristeza en su rostro, semejante por todo y en todo á los días de batalla y á los momentos de victoria. Ropilla de brocado carmesí, capeta negra bordada de oro, sombrero de seda con plumas blancas, botas de campana: las preseas del rico-hombre hacian resaltar su majestuosa figura. Ni en aquel momento se desmintieron sus ilusiones varias, ni le abandonaron sus risueñas esperanzas. Todavía creyó que aquel implacable habitante del Escorial perdonaria de grado al vencedor de San Quintin. En el espacio que mediaba entre los escalones últimos y el homicida tajo aun acariciaba estas cándidas y consoladoras esperanzas. Todavía tuvo tiempo de preguntar si llegaba el perdon. Y cuando le quitaron toda ilusion y espiró un minuto antes que él su confianza, quitóse de la cabeza el sombrero, de la

garganta el toison, de los hombros la capa; y arrodillándose con denuedo en el negro cojin preparado, y poniendo los labios en el crucifijo junto á él sostenido por la trémula mano del confesor, despues de haberle rogado á éste que rezara el Padre Nuestro, tendió la cabeza en el tajo y exclamó con desgarrador acento: «En tus manos, Dios mio, encomiendo mi alma.» Apenas se habia esta frase comunicado al aire, cuando salió el verdugo y le cortó de golpe la cabeza. Un paño fúnebre cubrió el tronco de aquella ilustre víctima; y apenas habia caido el paño sobre sus restos palpitantes, apareció sobre las tablas el de Horn, quien habia pedido y alcanzado morir despues del inmortal camarada. Viendo el paño que se dibujaba sobre los restos preguntó si todo habia concluido para Egmont, y como le dijesen que sí, volvió los ojos al horizonte como buscando los vuelos del alma inmolada y volvió á recordarse las cosas del mundo al ver invertido su escudo de armas, insulto nuevo arrojado á su agonía y nueva sombra tendida sobre su honor. Tras esto se arrojó al pié del tajo, y aguardó con resignacion el golpe que hizo saltar y rodar su erguida y esplendorosa cabeza. Al caer aquellos dos hombres sobre las tablas de un cadalso gritaron de horror las tropas españolas conducidas por ellos tantas veces á la victoria; y retrocedió espantado el duque de Alba, que presenciaba la ejecucion desde una ventana, cubriéndose con ambas manos el rostro y derramando sin poderlo remediar algunas lágrimas.

El suplicio de Horn y Egmont separaba para siempre la conciencia de los pueblos flamencos y el heredado poder de Felipe II. En la fuerza, y solo en la fuerza, podia descansar ya la base de aquel gobierno resquebrajada y casi descompuesta. Verdad que consiguió desquites inolvidables, arremetiendo y derrotando en Croninga con esfuerzo á Luis de Nassau; verdad que lo llevó hasta la Frisia oriental, y allí rompió sus huestes precipitándolas sobre los lagos y los mares en tal número que los navegantes del seno de Dullart conocieron el suceso por los infinitos sombreros germánicos esparramados sobre aquellas aguas; verdad que duró despues de la derrota seis horas la matanza y que ardieron á la tea vengativa de los vencedores los pagos del contorno; pero verdad tambien que la cólera del pueblo se organizó en formidable liga y que tal organizacion tuvo por alma y por espíritu al príncipe de Orange, tan estimado en la historia por los empujes de su valor como por

los consejos de su prudencia. Ya en Maestrich, por octubre de 1568, pudo sentir Alba con quién se las habia, cuando al oír la noticia del paso de las tropas enemigas, y de su proximidad, exclamó sin dar crédito á cuanto se le contaba: «¿Pensais acaso que es algun escuadron de aves para haber pasado á vuelo el Mosa?» Y la provocacion al combate sirvió de respuesta en el acto á la confiada interrogacion. Y el de Alba tuvo por mucho tiempo que resignarse á la defensiva con prudentísimo acuerdo, hasta que D. Fadrique de Toledo, su hijo, mostró al de Orange la fuerza del brazo español, rompiendo su retaguardia en las orillas del Gette; caso que unido á sus marchas y contramarchas de varia fortuna, y á las sublevaciones continuas de sus soldados por falta de pagas, le obligaron, á pesar de los adelantos conseguidos en Quesnoy, á suspender aquella campaña, y remitir á otra mejor apercibida la suerte de sus armas.

Conociendo las dificultades, y fatigadísimo por su cúmulo, pidió Alba el relevo de su mando con grandes instancias, antes aun de la retirada de Orange. Quizás en otra ocasion Felipe sintiera mas tal deseo de su virey; pero entonces le traia muy ofendido por haberse levantado á sí mismo una colosal estatua en la ciudadela de Amberes, cuando no habia querido él, con ser absoluto Rey, aceptar un modesto busto ofrecido por los milaneses y destinado á la plaza de Milan. Pero el agravio, que reconcentraba con natural disimulo en lo interior de su ánimo, no fué parte á precipitar la partida de Alba, difícil de sustituir en aquellos excepcionales instantes. Y el gobierno de tal capitán debia señalarse diariamente por una violencia nueva, que por violencia debe tenerse, y muy grave, aquel impuesto de la décima, establecido sobre la venta de los bienes muebles, y de la vigésima, establecido sobre la venta de los inmuebles. El clamor levantado por tales exacciones llegó hasta el trono del César Maximiliano de Austria, quien diputó el archiduque Carlos para que presentase á su sobrino todos los daños y peligros encerrados en una política de resistencia y de venganza. Convino Felipe II en la necesidad urgentísima de ocurrir al remedio de las exacciones, pero sin caer en transaccion alguna respecto á la herejía, contra cuyo imperio deseaba en su fanatismo agotar hasta el último de los esfuerzos y el último de los recursos. Acordóse, pues, un perdon limitado, no sin que se cometiera con crueldad

antes un acto de horrorosa venganza. Montigny, verdadero embajador de las Provincias Unidas, sagrado como todos los embajadores, habia ido al Escorial, con ánimo de no perdonar medio conducente á rehacer la paz pública y reconciliar al Rey con la patria. Casado recientemente con una jóven hermosísima, dejó los placeres del amor satisfechos por las tristes asperezas del tétrico Escorial. Semejante viaje apareció á los ojos del tirano implacable, no como un servicio de vasallo, como un deservicio de rebelde; y lo encerró en el castillo de Segovia. En vano amigos piadosos urdieron trazas varias para extraerlo y redimirlo de aquel horroroso cautiverio: extrajéronse hasta de un pan las instrucciones dictadas para su fuga y hasta de unos laudes y guzlas dejados en su cuarto, para que se holgase, los instrumentos necesarios á su libertad. Y el Rey un dia lo llevó de Segovia con sigilo á Simancas; y allí mandó que le asesinaran sin forma de proceso arrancándole á la fuerza papeles por su propia mano escritos, de cuyo texto se pudiera colegir que habia muerto de muerte natural. Y lo degollaron, á pesar de sus protestas de fidelidad, como si degollaran á humilde buey en triste matadero. La muerte de Montigny resulta, examinada con reflexion, otro de los asesinatos con que se presenta manchado Felipe ante la conciencia humana y ante la historia universal. No habia remedio; venia el castigo. Tantas vejaciones debian producir desórdenes sin cuento. Los nobles se aislaban á una en sus castillos; los mercaderes dejaban sus comercios; los piratas iban á su grado por las costas de Holanda y de Frisia; las regiones, de que Felipe II pensaba constituir un solo Estado, propendian á declararse todas en República; rebelábase Flesinga y despedia la guarnicion española despues de haber ahorcado á su jefe; las principales ciudades y villas holandesas se acogian al universal movimiento; apoderábase de Valenciennes y Mons el duque de Nassau; y por doquier el incendio ardía y amenazaba derretir la régia corona de Felipe II en sus sienas heridas por el rayo de la revolucion religiosa.

En esto llegó el duque de Medinaceli á reemplazar al duque de Alba, y el reemplazo no pudo verificarse, por haber dicho Alba que no retrocederia en aquellos momentos, creyendo impropio de su valor y de su pujanza negar el rostro al enemigo que le provocaba. Y envió inmediatamente hácia el Henao su hijo D. Fadrique, á fin de que sitiase Mons, y la recobrará de nuevo,

arrancándola con furor á las manos de sus improvisados poseores. Y mientras el de Alba se detenía en Mons, el de Orange pasaba el Rhin y el Mosa, internándose por Brabante y cometiendo los excesos, y sembrando las calamidades subsiguientes á una cruelísima guerra. No sabemos qué hubiera sucedido entonces, si de Francia no llegara el rumor de la matanza de San Bartolomé, y con ese rumor la desesperacion de todo auxilio á los sublevados. El de Orange se retiró á Malinas, y de Malinas á Delft en Holanda. Nassau capituló con Alba, entregándole á Mons. Malinas fué á saco entrada en los primeros dias de octubre. Medinaceli llegó hasta Nimega. Mondragon y Dávila obraron maravillas de milagroso heroísmo en los lagos de Zelanda y en los puertos del Escalda. Toledo asoló la ciudad de Nerdaen, pasando á cuchillo todos sus habitantes sin excepcion alguna. En Harlem, sitiada por los españoles, se componia y armaba con las mujeres un ejército de amazonas, dispuesto á beber nuestra sangre, por haberles arrojado nuestros cañones diez mil doscientas cincuenta balas. A todo lo cual exclamaba el duque de Alba dirigiéndose al general del sitio, su propio hijo: «no me dejes hombre á vida», pues habian muerto cuatro mil soldados del ejército real en aquel tremendo asedio. Al fin el duque volvió á España, por celos con Medinaceli, quien se quejaba de que le privaran del mando de las tropas y lo encomendasen al primogénito de los Albas—que podia ser su hijo. Requesens reemplazó á uno y otro en aquellos gravísimos instantes de verdadero pavor.

El nuevo gobernador de Flandes habia mostrado sus virtudes militares en la batalla de Lepanto y sus virtudes políticas en el gobierno de Milan. Un perdon público inauguró su mando y la demolicion del simulacro de Alba en Amberes fué como una prenda de reconciliacion y de paz. Pero la fortuna, caprichosa de suyo, no le sonrió ciertamente. Los navíos que habia mandado en socorro de Middelburgo se hundieron á una en las aguas, ahogándose seiscientos soldados de tropas reales y cayendo la plaza en poder de los protestantes. Esta desdicha se compensó con la batalla sobre las orillas del Mosa, donde vencieron los españoles, y acabaron tres generales, el duque Palatino, Luis de Nassau, y su hermano D. Enrique. Pero la falta de pagas perturbó mucho á las tropas españolas; y la perturbacion de las tropas españolas detuvo mucho y desconcertó los planes de Requesens. A esto se añadió la pér-